

## ¿Su informe registral?

JOSÉ ROBERTO SARAVIA VARGAS

-¿Su Informe Registral?

¡Lo sabía! La joven burócrata sentada a mi lado me miró amablemente mientras esperaba mi respuesta. Yo sabía que ella iba a formularme dicha pregunta. De hecho, era lo que había estado temiendo por las dos últimas horas y media mientras mi turno llegaba.

Por supuesto, mi conocimiento anticipado de su pregunta era difícilmente atribuible a un fenómeno de Percepción Extra-Sensorial. Lo sabía porque lo había leído en el sitio Web de la municipalidad. Lo sabía porque era el segundo tema de conversación entre los que hacíamos fila pacientemente. Toda persona que llegaba, después del riguroso “buenos días”, se dirigía indefectiblemente a los mismos temas de conversación: “Me dijeron que aquí se podía venir por lo de los impuestos...¿es cierto?” y “¿Tarda mucho el trámite?” Seguidamente, la conversación se enrubaba hacia los requisitos para la declaración del impuesto territorial y era ahí donde aparecía el Informe Registral.

“¿Su Informe Registral?” Resonaron las palabras de la joven mientras rebotaban un millón de veces por todo mi cerebro. ¿Me había asegurado de tenerlo?

Me pareció curioso el hecho de que la joven oficial de la municipalidad y yo estuviésemos sentados lado a lado. ¿Qué pasó con la ubicación tradicional? La norma siempre había sido estar sentados frente a frente, separados por la barrera impenetrable del escritorio y sobre éste, el monitor, que juntos constituían el castillo fortificado e impenetrable del burócrata. Por el contrario, la joven y yo estábamos sentados *lado a lado* en una oficina improvisada en la Biblioteca Municipal Isidro Díaz. Supuse que todo se debía más a una necesidad informática que a una medida vanguardista para acercar a burócratas y contribuyentes. Personalmente, no podía imaginarme al aguerrido Presidente Oscar Arias, de imagen pública erosionada últimamente por el proyecto de minería en Crucitas, en una cadena nacional de televisión incluyendo el cambio de posición en los escritorios como otro de los logros de su administración.

*“En un paso más hacia la igualdad entre los y las costarricenses, hemos derribado el muro entre burócratas y contribuyentes. De este modo, no habrá burócratas, ni oficiales, ni contribuyentes... todos y todas seremos conciudadanos y conciudadanas... ¡Todos y todas seremos hermanos y hermanas!”*

Bueno, después de todo parece que sí lo pude imaginar...

Tratando de alejar de mis pensamientos el disparatado discurso presidencial que recién había ideado, miré el lugar donde me había sentado hace unos pocos segundos. La joven desafiaba mi imagen del burócrata, no por lo joven, sino por lo amable. De hecho, todos los oficiales en la improvisada oficina eran jóvenes y se comportaban muy amablemente. ¿Era acaso otro logro del gobierno o topé con buena suerte? Eché un vistazo al escritorio—una mesa larga—donde estábamos la oficial y yo sentados. Había documentos con códigos incomprensibles y mapas en el lado de ella. Asimismo, un viejo y abatido monitor ubicado frente a ambos irradiaba su luz mientras la CPU, arrinconada contra la pared, emitía su inconfundible sonido amortiguado, casi susurrándome “si miente usted en su declaración, yo lo sabré... las computadoras lo sabemos todo, absolutamente todo. Recuerde el Segundo Mandamiento: *No engañarás a la Informática...*”

¡La informática! Se supone que simplificaría nuestras vidas, pero no era lo que nos había ocurrido a los que esperábamos para declarar. En un breve instante, todas las experiencias recopiladas en mi tiempo de espera afloraron a mi mente y me alejaron de la escena, la computadora y del evasivo Informe Registral.

Recordé cuando, a las nueve de la mañana, me presenté en la biblioteca. Esperábamos en un pasadizo al aire libre. Había solamente seis personas delante de mí y, sin embargo, la espera era interminable. Todos en la fila eran adultos mayores y ciudadanos de oro, quienes, a pesar del frío, la llovizna y la espera, mostraban caras joviales y pacientes. No era raro que no hubiese jóvenes. Después de todo, no muchos jóvenes pagan impuestos territoriales... lo cual dice mucho de mi edad, supongo. De todos modos, esperé por un largo tiempo antes de ser atendido. ¿Cómo era posible que se tardaran tanto con tan sólo seis personas? ¿Y las computadoras? ¿Y el acceso a Internet? ¡Impensable! En la Edad Media el trámite era mucho más sencillo, rápido y eficiente. De hecho, en esos tiempos el heraldo se presentaba en cada casa junto con el recolector y entre ambos se llevaban todo ¡en menos de tres minutos! ¡Eso era Servicio Express!

Pero ahora las computadoras tenían la culpa. Nos lo dijo el caballero entrado en años que acababa de salir media hora después de haber ingresado a rendir su declaración. “Están pasando todo a la computadora... por eso se tardan tanto”, dijo con un gesto de alivio. Evidentemente, su trámite había sido exitoso a pesar de la lentitud. Nos dedicó una cálida sonrisa que contrastó con el frío día y se despidió. Todos nos despedimos de él mientras se alejaba con el paso lento característico de su edad.

Mientras esperábamos nuestro turno, todos charlábamos animadamente. El pasadizo, repito, estaba al aire libre. Hacía cada vez más frío y la lluvia amenazaba con llegar. Por el momento era solamente una llovizna que, si bien no mataría a nadie de pulmonía, molestaba. Una señora de cabello canoso nos

contó que era su tercera vez tratando de entregar la declaración. “La tercera es la vencida”, bromeó alegremente.

Indudablemente, con la edad viene la experiencia. La gente aprende a valorar la vida, no las minucias que la ocultan. Los viejos enfrentan los problemas con mejor humor y más sabiamente. Saben valorar y esperar...dos requisitos fundamentales para vivir. De hecho, en mi larga espera llegué a descubrir por qué sólo había adultos mayores en la fila. De vez en cuando aparecía uno que otro joven. Los jóvenes veían la fila, hacían un gesto de impaciencia, esperaban por media hora entornando los ojos de vez en cuando como muñecos poseídos y después se retiraban con el ceño fruncido. Probablemente se alejaban formulando mil maldiciones también, pero mentalmente al menos.

Es la ley de la vida. Los jóvenes siempre están ocupados...nunca tienen tiempo. Les molesta esperar, les molesta la calma. Entran en crisis de ansiedad si su celular no está sonando cada cinco minutos. Sin embargo, no tienen tiempo para charlar con gente de carne y hueso mientras esperan. Los viejos son diferentes. Conforme uno envejece, importan otras cosas. Los que antes parecían ser asuntos vitales van perdiendo su brillo y su color poco a poco. Pierden su falsa vitalidad gradualmente, se secan, se agrietan y se van desprendiendo del alma en capas, uno a uno, hasta que lo único realmente importante es la vida. La vida solamente. Los antiguos quelonios nos darían grandes lecciones si pudieran hablar. Seguramente nos mirarían comprensivamente y nos dirían frases como “cuando yo era un chiquillo de setenta y cinco años me desvelaba por asuntos parecidos, pero ahora me doy cuenta de que no hay cosas importantes en la vida. Es la vida misma lo único que importa”.

Otro joven se marchó irritado. Una anciana nos miró y dijo. “Yo también creí que iba a ser rápido”. Todos asentimos. Me escuché bromear: “Sí. Es más, yo creí que en media hora iba a estar afuera...y no me equivoqué. De hecho, desde que llegué he estado afuera porque no he podido entrar a la oficina!” Todos reímos. Casi pude escuchar otra agrietada capa de asuntos triviales desprenderse de mi alma y caer al suelo con el sonido de una hoja seca.

Un señor de aproximadamente sesenta años sacó un documento que estaba cuidadosamente guardado en una carpeta. Lo miré. Era una hoja tamaño carta con una boleta rosada adjunta. El caballero se acercó a la señora sentada a su lado y preguntó “Disculpe, ¿es éste el Informe Registral?” La dama lo miró por un segundo y asintió con una sonrisa. “¡Qué dicha que lo trajó. Si no, lo devuelven!”

La señora que estaba por tercera vez haciendo el trámite secundó. “Es cierto. A mí me devolvieron porque no lo tenía.” Al escuchar esas palabras me puse nervioso. Entre todos los documentos que yo cargaba en mi carpeta no recordaba ninguna boleta rosada. “¡El Informe Registral!”-pensé. “¿Lo tengo o no? Bueno, si no lo tengo, supongo que tendré que venir mañana... ¡Qué más da!”

Definitivamente, me estoy haciendo viejo. Si esto me hubiera sucedido un par de años atrás, habría sido toda una calamidad contra la cual ni la crisis financiera global, ni las matanzas en África se podrían comparar.

Una dama nos relató la importancia para las mujeres de hacer estos trámites por ellas mismas. “¡Ustedes no saben lo que yo sufrí la primera vez! Recién había

muerto mi esposo y él era el que hacía todas estas vueltas. Yo no me di cuenta de que tenía que declarar y mi hermano, siendo abogado y todo, nunca me dijo. ¿Saben qué pasó? Pues me hicieron un tasado oficial.”

La historia de la mujer me hizo reflexionar por un instante. Si yo estaba allí, era porque mis padres me habían enseñado. Recordé a mi madre y sus llamadas telefónicas alertándome de fechas, cambios viales y noticias afines...también a mi padre quien, entre muchas otras enseñanzas, me había ayudado a llenar mi primer formulario de declaración de impuestos. Si no fuera por mis padres, con toda su paciencia y consideración, probablemente yo también estaría sujeto al tasado oficial en este momento. Sus enseñanzas en el mundo del pago de impuestos se sumaron a la interminable lista de cosas que les debo.

La dama continuó con su historia. “Vieran qué tristeza cuando yo, recién viuda y con todo ese dolor, de pronto tuve que pagar un montón más de impuestos. Yo lloraba de la frustración. ¡Lloraba! Pero eso me sirvió. Ahora yo estoy pendiente de todo esto y le digo a mis amigas que no dependan de sus esposos. Una tiene que saber hacer todo esto, una tiene que ser independiente”. La dama mostraba sus documentos mientras hablaba. No pude evitar encontrarme con la boleta rosada entre sus papeles. Sentí la llama del nerviosismo crepitar de nuevo, pero insistí en acallarla. “¡Es el Informe Registral...no me voy a morir por eso! ¡Si no lo tengo, no lo tengo y ya!”

Un caballero nos contó que tenía que pagar por dos propiedades aunque le había heredado una casita a su hija y él tenía años de no ir a verla.

“¿Pero por qué no paga ella los impuestos?” preguntó alguien.

“Es que la propiedad todavía está a mi nombre, aunque ella la use. Pero estoy pensando en darle algo así como un poder.”

La señora del tasado oficial saltó en su silla. “Señor, no le recomiendo que haga eso. Una amiga mía hizo algo parecido: le dio derechos sobre la casa de ella a un hijo. ¿Pero sabe qué pasó? Pues parece que el chiquillo se endeudó hasta las orejas y puso la casa a responder por la deuda. ¡Viera qué torta! Mejor no haga eso.”

Todos nos sorprendimos. De verdad que la gente es impredecible. Bueno...si ha habido divorcios reales en el Reino Unido por infidelidades en mundos virtuales como *Second Life* o procesos penales en Japón por homicidios virtuales, no es raro que un hijo se aproveche de sus padres en Costa Rica...Pero aún así, sentí dolor ajeno.

Continuamos hablando de muchos otros temas...el castigo físico, la televisión, las modas, economía, religión...

\*\*\*\*

Señor... ¿Me permite su Informe Registral, por favor?

De pronto, mi mente volvió a la improvisada oficina junto a la joven de la municipalidad. Mi paseo mental de varias horas había tardado en realidad solamente un segundo.

Rebusqué en mi carpeta tratando de localizar el documento con la boleta rosada. Después de un breve instante, sonreí a la joven burócrata mientras le respondía: “Perdón...no lo tengo.”